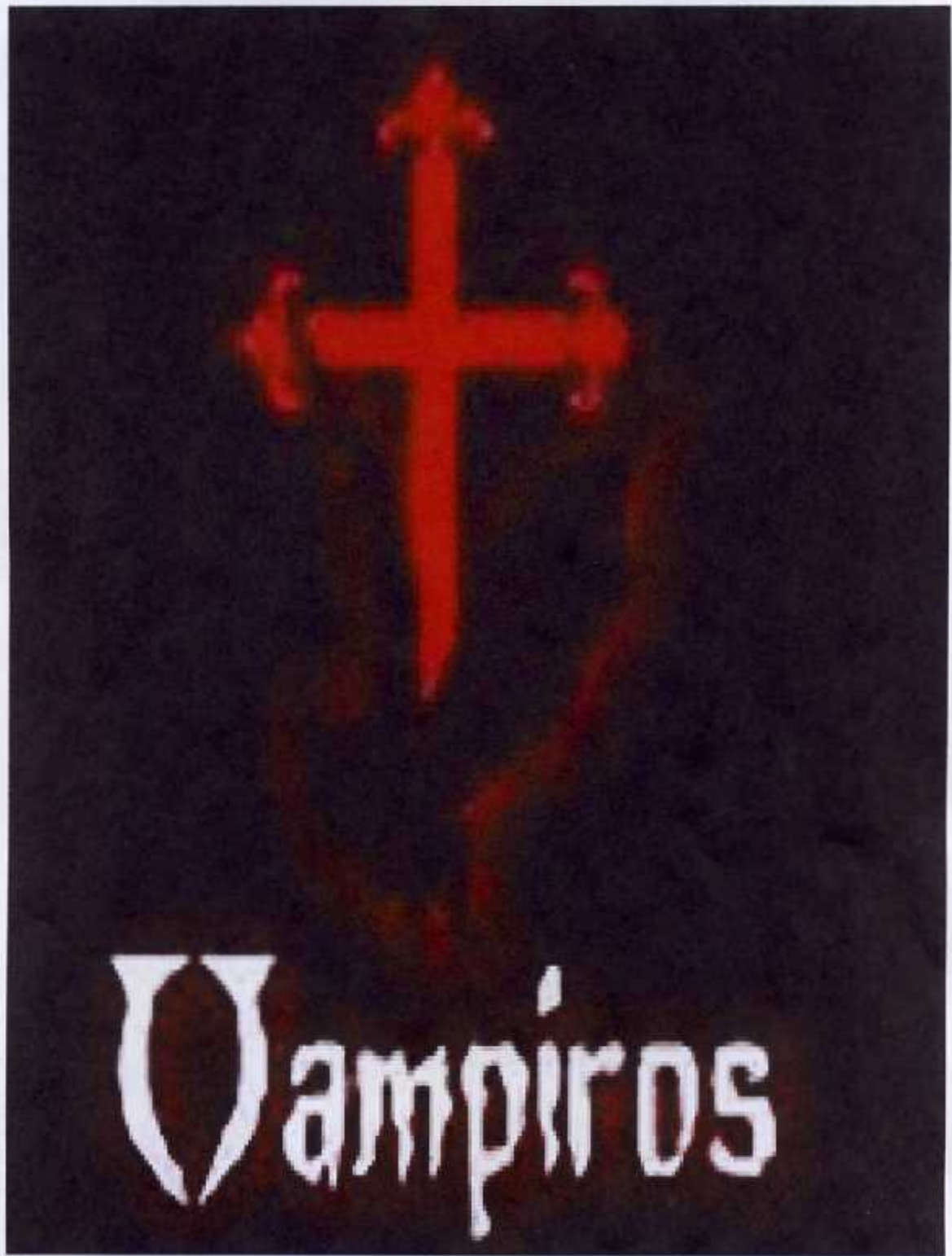


UN NUEVO OJECTIVO



DE: PABLO
PARA: EMMA

En un pueblo muy pequeño, vivía una niña de 12 años llamada Dafne. No tenía muchos amigos, pues acababa de mudarse. Además la gente de aquel pueblo no le producía mucha simpatía.

Había un vecino nuevo, pero nadie le había visto. Ese día a las ocho de la tarde llegó el camión de las mudanzas. Dafne le preguntó a su madre si podía ir a ver al señor Hatch. Su madre le dijo que sí, pero que volviera pronto que ya había oscurecido.

Llamó a la puerta y se abrió sola. La niña un poco inquieta, entró. Todo estaba oscuro, solo se veía unas pequeñas velas con una luz tan tenue que no se veía casi nada. Se cerró la puerta tras ella.

Dafne se giró: - ¡Hola señor...! - pero no había nadie.

La niña ya inquieta, quería irse, pero tenía que darle la tarta que había hecho su madre para el señor Hatch.

- ¡Señor Hatch!, ¡señor Hatch!

- Hola - dijo una voz muy bajita. Dafne se asustó y se giró sobresaltada.

- Señor, le traigo la tarta de bien... de repente se fijó en sus dientes. ¡Estaban rojos! Hatch se percató y se limpió con la manga.

- Muchas gracias, aunque no me gustan las tartas. Vete ya. Empujó a la niña hacia la puerta y la echó fuera de su casa, pero como no podía olvidar aquella imagen, y como la curiosidad no la dejaba pensar, volvió a casa de Hatch. Fue a la parte de atrás de la casa, y subió por la hiedra endurecida por el tiempo. Se asomó y vio unas copas de cristal llenas de líquido rojo. La niña lo olió y ¡OH, dios mío! ¡ERA SANGRE! y estaban templadas.

De repente, entró el señor Hatch, y Dafne agachó la cabeza. Notó como Hatch cogía una copa y se la bebía.

Dafne no pudo soportarlo más y empezó a bajar por la hiedra rápidamente, por suerte al empezar a bajar, Hatch se había marchado. Mientras corría a su casa no dejaba de pensar en una cosa ¡lo que tenía en las copas era sangre!

Cuando llegó a su casa su madre la estaba esperando.

-Dafne, no quiero que salgas sola cuando lo hagas lo harás acompañada.

-¿Por qué mamá?

-Aunque éste sea el pueblo más pequeño ha desaparecido tu compañera Lillian.

Dafne estaba segura de saber quién era el culpable de aquella desaparición. Lillian era una niña obediente, responsable y un poco tontita, por lo que era una presa fácil.

Pero, ¿cómo podría demostrarlo? Decidida, cogió la cámara de fotos de su padre y volvió a casa del señor Hatch. Subió nuevamente por la hiedra y entrando por la ventana, se metió dentro de la casa.

Con mucho cuidado sacó un cuentagotas y recogiendo unas gotas de la sangre que había en las copas lo metió dentro del tubito de cristal que llevaba preparado.

Estaba inspeccionando la cocina, cuando de repente oyó unos pasos.

Desesperada, buscó un lugar donde esconderse. La mesa tenía un mantel muy largo, por lo que sería el escondite perfecto. Acababa de meterse debajo de la mesa, cuando Hatch entró en la cocina. El señor Hatch cogió una copa y se quedó mirándola fijamente, presentía algo extraño, como si la copa estuviera menos llena que antes.

Olfateando el aire, dijo en voz alta:

-Alguien está cerca. Lo huelo. Seas quien seas, te vas a arrepentir de haber entrado en mi casa.

Alguien llamó a la puerta.

-Te dejaré para luego.

Cerró la ventana con llave, luego la puerta y se guardó la llave en el bolsillo.

Dafne contó hasta tres intentando tranquilizarse, salió de su escondite e intentó abrir la ventana y luego la puerta. ¡Estaban cerradas!

Mirando a su alrededor descubrió una puerta secreta. Empezó a buscar la forma de abrirla, y encontró una pequeña figurilla que había en la pared. La tocó y al moverse hacia la izquierda, la puerta se abrió sola.

Lo que vio, la dejó horrorizada. Por todas partes había niñas colgadas vestidas con trajes antiguos y antifaz. Estaban muertas.

Debajo de cada una, había una placa en la que se podía leer su nombre y el año en el que murió.

¡Que horror! Tenía que buscar una salida lo más pronto posible.

Vio que había una cañería que no se utilizaba, y tenía el tamaño justo para poder meterse.

Subió rápidamente por ella, y cuando iba por la mitad oyó la voz del señor Hatch diciéndola:

-Ahora que conoces mi secreto, no puedo dejarte marchar. ¡La siguiente eres tú! ¡Voy a por tí!

Hatch empezó a trepar, pero Dafne era rápida y tenía mucho miedo, por lo que cuando Hatch iba por la mitad, ella ya había llegado a la calle.

Corriendo hacia su casa, gritaba pidiendo ayuda. Pero como estaba a punto de amanecer, la gente todavía dormía.

Cuando Hatch la alcanzó, iba a morderla, pero Dafne le tiró la cámara de fotos que llevaba disparándose el flash y dejándole momentáneamente ciego.

El tiempo que tardó en recuperar la vista salió el sol haciéndole cenizas.

Dafne llegó a su casa y abrazó a su madre contándole todo lo que le había pasado.

Su madre llamó a la policía, y cuando la preguntaron a Dafne si tenía pruebas dijo que había fotos.

Pero cuando rebelaron las fotos, Hatch no aparecía en ellas, en su lugar había una mancha borrosa.

En casa de Hatch no encontraron ningún cuerpo, donde se suponía que estaban las niñas muertas.

Creyendo que Dafne se había vuelto loca, la metieron en un manicomio intentando convencerla de que los vampiros no existen y todo fue una pesadilla.

Tres años más tarde, a dos kilómetros de donde vivía Dafne, en un pueblecito pequeño y tranquilo, llegó un nuevo vecino que se llamaba Hatch.

El camión de mudanzas llevaba en una caja unas placas con nombres de niñas y una fecha.

FIN